

Juventud y moral frente al desafío del cambio

JUAN USART

Hace dos años vio la luz el libro *El amor en la doctrina espiritual de S. Juan Bautista de La Salle*, que tenía por autor a Luis Diumenge Pujol. Con él obtuvo de la Universidad de Letrán la máxima calificación en su doctorado en Teología.

Es autor también de diversos artículos en revistas especializadas, así como también de agudas recensiones en la revista que dirige.

A su condición de intelectual, une la de profesor en el Instituto Pontificio S. Pío X y en el COU La Salle Gracia - Josepets.

Indudablemente es un joven apóstol en quien se pueden unir —y creo que de hecho se unen bastante bien—, dos perspectivas o posibilidades a las que todos deberíamos tender. Una perspectiva teórica y otra práctica.

La práctica de la realidad cotidiana. El encontrarse constantemente con quienes viven más o menos en plenitud su propia vida, con las consecuencias o secuelas que ella comporta. Y por otra parte, la teórica que justifica, afirma o niega las múltiples posibilidades existenciales que se presentan a nuestros ojos. Saber emplear el bisturí que viviseccione con seguridad lo que sea tumor maligno y por tanto haya que extirpar, de lo que es germen de vida y por tanto de urgente necesidad conservar, es tarea sin duda, difícil.

Quienes como el autor, conocemos las posibilidades que se abren a nuestra juventud en el mundo de hoy y lo fácil que les resulta aceptar como válidas, posturas que tradicionalmente el cristianismo y las religiones no han aceptado como tales, sabemos lo problemático que resulta comprometerse en esta labor intentando ser faro y luz que guía.

«Nuestros contemporáneos titubean entre dos sistemas, a la hora de relacionarse con el mundo envolvente. Uno que desaparece. Y otro que pugna por surgir, —nos dirá el autor—. Transición en la que se desplaza el suelo sobre el que todos estamos. Aparece repentinamente la desorientación, la angustia, respecto del pasado, y la ansiedad frente al futuro. Simbiosis de decadencia moral y de novedad científica como típico fenómeno del hoy histórico.

«Vivimos efectivamente a la intemperie dentro de la era del gran cambio. La Iglesia prosigue su diálogo con el espíritu del tiempo. La vida moral del cristiano toma sesgo inédito. Los datos nuevos de la ciencia moderna, la mayor exigencia de felicidad y la penetración del mensaje de Cristo —quien confirió primacía al amor—, nos apremian a cambiar. Quienes no aspiren a hacerlo voluntariamente, deberán optar por el ostracismo, la retirada forzosa al Aventino» (pp. 9-10).

Si a algo contribuye el libro que analizamos y presentamos a los lectores de *Sínite* es precisamente a crear la convicción de que hoy día «el educador de la fe será un hombre endiosado. Nadie en lo sucesivo podrá hablar de Cristo, si no vive de El, en El y para El. De lo contrario traicionará su personalidad de profeta de la Resurrección. En lo humano debe aparecer ornado por las mejores diademas: saber escuchar, dialogar, prestar atención a la vida, tener confianza, propiciar permanente colaboración entre los diversos artífices del apostolado. En cifra, tendrá que saber dirigirse a los jóvenes y enmaridar la experiencia humana con el kerigma cristiano».

Los jóvenes, en justa reciprocidad, vivirán seguros de su fe en el interior de una Iglesia en diáspora.

Labor difícil la que se presenta en el futuro para quien realmente quiere realizar su auténtica función de servidor de la Palabra. Ser mensajero.

¿Cuál es la estructura del libro?

El primer capítulo —muy amplio—, lo dedica el autor al *análisis de la situación de cambio en la teología moral*.

Cuatro rasgos distintivos son las direcciones del cambio en la moral:

1. A la moral de actos sucede la moral de actitudes.
2. al predominio de la rigidez sucede la libertad responsable.

3. prioridad del amor y función periférica de la ley.

4. frente a las características horizontales de la moral tradicional, es necesario adoptar el criterio de la profundidad del nivel personal.

Analiza posteriormente en su segunda parte la *ambivalencia de la situación moral en el hoy histórico*. Realizado el estudio entrevé y deduce varios elementos característicos de esta situación. Elementos negativos y positivos.

La fatiga moral y la intimidación de los valores son a juicio de Luis Diumenge dos de los rasgos que pueden considerarse negativos de la actual situación histórica del hombre.

Análisis quizás un poco somero y superficial. Lo mismo cabe decir de las características o elementos positivos que creo quedan poco demostrados.

Las restantes ideas de este primer capítulo adoptan a partir del tercer apartado una visión científica y profunda del sentido primigenio de la teología moral. Quienes hayan estudiado teología en alguna facultad saben con qué rigor se analizan los conceptos y se buscan las definiciones de los mismos. Se nota en este punto el estilo clásico del autor y su interés por diagnosticar y conseguir acertadamente una visión de conjunto e histórica de la teología moral.

Podría interpretarse como una crítica negativa lo que en realidad sólo es una advertencia al lector para que observe la capacidad del autor en saber asimilar valores tradicionales y conjugarlos debidamente con los nuevos.

Conviene, precisamente, resaltar aquí el gran equilibrio de fuerzas que intenta conseguir el autor al hacer de puente entre la tradición católica —con la importancia que se otorga a la realidad que este concepto implica en teología—, y el esfuerzo por descubrir los nuevos valores que definimos como *signos de los tiempos*.

La palabra de Dios y las referencias constantes al magisterio son uno de los valores más apreciables del libro. Y por otra parte sus citas de películas, como novelas, que son, creemos, una presentación de las virtualidades y realizaciones positivas y negativas de nuestro mundo. Esta labor es —sin duda— una de las aportaciones más cautivadoras del libro. Al mismo tiempo denota

que su autor conecta maravillosamente con la actitud y formas de nuestro mundo juvenil.

En este sentido todos los educadores de la fe encontrarán un libro precioso —que resulta necesario— a su alcance. Quienes tenemos por misión educar en la fe no nos podemos quedar en bellas teorías asépticas. Nuestra juventud no las acepta.

Integración del adolescente en el universo moral es el título que precede al segundo capítulo.

Después de la lectura difícil del primer capítulo, parece un camino mucho más fácil y asequible en este segundo. Resulta más cercano a nosotros.

A medida que se progresa en su lectura, aumenta el interés. 'El precio de la emancipación juvenil. Rebelión de los hijos y dimisión paterna. ¿Cómo desean los hijos que los traten sus padres?', (análisis de una encuesta). 'Creatividad moral como premisa del desarrollo íntegro de la persona humana'. Son los subtítulos en que está dividido este segundo capítulo.

Buena lección de pedagogía la que nos ofrece el autor. Conviene dar tiempo al tiempo, frase no por repetida y trivial, menos apreciable. Al buen profesor le resulta indispensable un hondo conocimiento de la historia, de la moral y de las actitudes cristianas. Si quiere despertar el interés polarizará su atención en la realidad, es decir, la experiencia, la vida, la religión, el arte, la literatura.

La conciencia moral cristiana será el concepto en torno al cual girará el tercer capítulo. Otra vez nos encontramos con la exigencia científica de estudiar seriamente esta realidad.

La conciencia, nos dirá el autor, es la misma persona humana, con sus pulsiones, tendencias, percepciones y reflexiones. Comprende un desdoblamiento que permite al hombre ver claro en sí mismo, por lo menos en parte; saber lo que quiere y el porqué; lo que piensa y el cómo. La tensión de la angustia ambivalente ocasiona una desgarradura en el interior del hombre.

Lo enfrenta consigo mismo y, por así decirlo, lo divide en dos «yos», uno de los cuales tiene que seguir a las espantosas y dulces exigencias de lo sagrado, mientras que el otro trata de susstraerse a ellas.

Quienes cuidan al hombre, no pueden dejarlo a merced de la

conciencia oscura. Deben iluminarlo aún a costa de conflictos suplementarios.

La dificultad con que tropiezan la teología y la pastoral de hacer inteligible el mal moral y la culpa a través de las categorías tradicionales y de modo convincente para todos obliga al autor a dedicar un capítulo entero a este tema: *el pecado en nuestra visión actual del mundo*. Es uno de los problemas fundamentales en la responsabilidad de la fe cristiana, de cuyo núcleo central forma parte la doctrina de la redención y la reconciliación.

Parte, Diumenge, de la idea que se forjan los jóvenes acerca del pecado, para adoptar posteriormente una actitud crítica tomando como base la historia de la salvación y el aspecto socioeclesial del pecado muy bien fundamentado a partir de la biblia.

El sentido del pecado y la genuina culpabilidad, junto con los niveles de relación entre Dios y el hombre serán los dos apartados que servirán de colofón a este nuevo capítulo.

Intenta con cuidado construir un puente entre la psicología actual —que va tomando cuerpo— y la realidad teológica.

Particularmente interesante resulta la concepción de Luis Diumenge, basado en otros intelectuales, de los grados de alejamiento que pueden darse entre el hombre y Dios.

En la actualidad va ganando terreno la triple división de los pecados en: leves-graves-mortales, aunque ésta no suponga más que una diferencia terminológica.

No vamos a extendernos sobre el particular ya que no es nuestra misión. Remitimos al lector a la página 167 y siguientes.

Un cariz completamente nuevo y complementario adopta el autor en el capítulo V al hablar de *la fe cristiana como realización personal*. «La fe no es un acto de la razón que se imponga con evidencia racional, pero tampoco es un acto de fuerza impuesto irracionalmente por la voluntad. La fe cristiana es la entrega inteligente del hombre entero. Entrega que no excluye sino presupone el pensar de la razón. La fe se corrompe si no es intelectualmente sincera, si por tanto, sofoca, olvida, reprime como dudas ilegítimas las auténticas dificultades racionales en lugar de encararlas con toda veracidad...».

Sabemos de la obsesión juvenil por la libertad que puede esconder cierta inconsciencia de exigencia de auténtica libertad.

Máxime en el terreno de la fe y su correlativo de las prácticas religiosas. Hoy los jóvenes de 14 a 20 años plantean decididamente la cuestión del porqué de su bautismo.

Nos encontramos en una coyuntura nueva que reclama examen sociocultural. El presente estadio cultural está en mutación y es normal que todos estos problemas se nos planteen. El autor intenta dar un cauce normal a esta problemática, buscando al mismo tiempo soluciones, que no pretende que sean definitivas.

Del sentido de la sexualidad a la tipología de las situaciones y la masturbación como realidad poliédrica constituyen la última parte del libro.

La corporalidad constituye para el hombre un verdadero problema, quizás el más grande de su existencia terrenal. El encuentro con los demás se produce gracias a ella. Esto es válido sobre todo, y en particular, para la función sexual, aspecto interaccional por antonomasia. Si la educación pretende ser integralmente humana incluirá dicha vertiente. A nadie, sin embargo, se le oculta la complejidad del tema, entreverada con la desorientación que explica el número considerable de equívocos, fracasos personales y colectivos. Se da una auténtica fuga de responsabilidades en el terreno de la sexualidad. ¿Cuántos padres contestan, serenos o temblorosos, ante las legítimas preguntas de sus hijos?

El hombre de nuestro tiempo adopta postura crítica frente a lo convencional. Es refractario a las doradas cadenas de la tutela. ¿Significará esto que los jóvenes llevan vida carente de normas? El autor piensa que no es así. Luchan por la verdad, la justicia y el amor. Esto implica, obviamente, la búsqueda de normas nuevas o, en todo caso, de normas propias cuando entran en liza intereses de cierto calibre.

En torno a tres ejes discurre el capítulo del sentido de la sexualidad:

- . corporeidad
- . mirada del amor y
- . educación sexual.

Finalmente ante la petición de varios superiores, catequistas, padres y formadores, el autor dedica su último capítulo al tema vidrioso de la masturbación. Sabemos que millones de muchachos

han vivido en continuo conflicto psíquico con su problema. Muchos jóvenes hoy lo viven. Los padres —la mayoría—, se sienten impotentes en relación con este tema hiriente. Las medidas tomadas por los indocumentados son de ordinario fútiles.

Quien más sufre es el propio sujeto. Pocos hablan de ello. A la reserva personal hay que añadir el grave pecado de omisión por parte de los mayores. ¿Cómo solventar este mutismo educacional? Con el fin de responder a los múltiples interrogantes que se han formulado al autor en diversas circunstancias estructura el estudio del tema en tres partes: hace un análisis descriptivo, etiológico y personal para deducir la mejor terapéutica. Y concluye en la hondonada moral con apertura creativa y esperanzadora.

Terminamos con el autor.

El libro contiene no pocos interrogantes y algunas respuestas. Exige colaboración sentida y ardua búsqueda de la verdad. Sin anquilosamiento. Porque continúa el desafío del cambio. Nuevas oleadas de jóvenes irrumpen vigorosamente en la existencia. La tensión dialéctica reviste cromatismos especiales. Negarse a ver equivale a dimitir.

En ningún dominio del saber existen certeras previsiones que pudieran ahorrar al hombre el riesgo de esperar contra toda esperanza. También es cierto en lo que atañe a la teología. Nosotros, educadores cristianos, no luchamos por su porvenir esforzándonos ansiosamente en el cálculo de sus probabilidades. Creamos este porvenir convirtiendo el saber teológico en quehacer existencial. Lo hacemos porque amamos a los hombres, para quienes el mensaje de la revelación debe ser luz diáfana. Y porque queremos servir a Dios, que nos ha comprometido en el camino del anuncio de la Buena Nueva, a fin de que quizás nos encontremos un día con El «cara a cara».

Buen final. Siempre dentro de una línea de realización optimista. El cristiano y menos el educador de la fe no puede estar bajo ningún concepto, triste. El libro servirá para iluminar a todos, en los momentos difíciles de nuestro tiempo, el camino que guía hacia la plena realización personal cristiana.